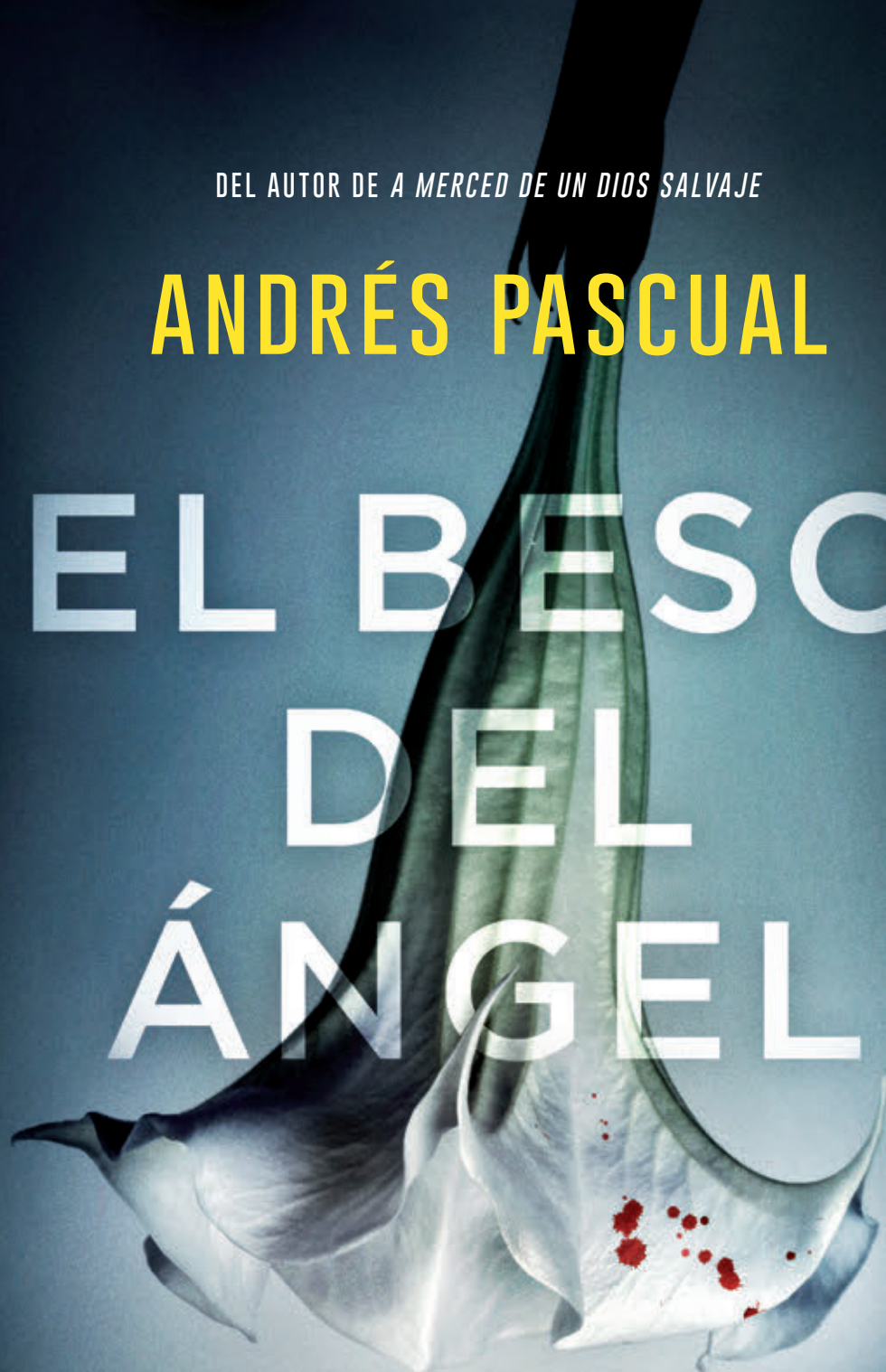


DEL AUTOR DE *A MERCED DE UN DIOS SALVAJE*

ANDRÉS PASCUAL

EL BESO
DEL
ÁNGEL




ESPASA

ANDRÉS PASCUAL
EL BESO DEL ÁNGEL



ESPASA  NARRATIVA

© Andrés Pascual Carrillo de Albornoz, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 2.637-2020

ISBN: 978-84-670-5775-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain

Impresión: Unigraf, S. L.

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

1

Cuatro años antes

La venda que le tapaba los ojos no dejaba un resquicio a la luz. Le apretaba la frente y la nariz, que empezaba a gotear agüilla salada por los sollozos. Podía sentirla en los labios llagados. Tenía las muñecas en carne viva por la cuerda que la mantenía atada a una silla.

Oyó pasos y se estremeció. Sudaba por el esfuerzo derrochado en tratar de soltarse, pero su piel estaba fría.

—Espero que no se te haya hecho larga la espera —dijo la voz.

Ella aspiró de golpe y retuvo en sus pulmones el aire viciado. Notó unos dedos que acariciaron su cara y dio tal respingo que levantó la silla del suelo y comenzó a lloriquear. La voz chasqueó de forma repetida, como haría para calmar a un bebé en plena noche.

—¿Has participado alguna vez en una cata a ciegas?

La mente de la joven reaccionó con una ráfaga de imágenes de carreras por la nave de crianza de una bodega que visitó de niña con su madre. Aquel día jugaron a esconderse tras las barricas y se salpicaron con el agua de las mangueras que los operarios dejaban enrolladas junto a grandes escobas.

Chirrió la portezuela de un armarito. Dos copas chocaron entre sí y le hicieron saltar el corazón.

—Se recomienda un modelo más estrecho y de cristal grueso —explicó la voz, que le llegaba acompañada del sonido de un líquido al verterse—. Pero yo prefiero estas otras porque puedo introducir al mismo tiempo la boca y la nariz. —Tras aspirar de forma sonora, preguntó—: ¿Sabes por qué me gustan las catas a ciegas? Porque no dejan lugar a los prejuicios. Carecen de etiquetas que te empujen a pensar que lo que vas a probar es mejor o peor. En la

oscuridad los vinos, al igual que las personas, solo responden por lo que son. No hay ruido, solo hay verdad.

La joven notó el cristal de la copa rozando sus labios y todo su cuerpo tembló.

—Normalmente utilizamos un recipiente para escupir —siguió la voz—, pero hoy no te voy a privar del placer de tragar.

—Déjame ir —consiguió articular—, te lo suplico...

—Primero inhalamos los aromas primarios, que nos dan pistas sobre la variedad de uva. ¿Qué te parece esta? Anímate, seguro que la adivinas. Luego lo movemos en círculos para dejar una lágrima en el cristal y calibrar el grado de... ¿No dices nada? Vaya decepción. De alcohol, con lo fácil que era... Espera que lo agite un poco más para que libere los aromas de la crianza. —Se tomó un par de segundos y volvió a la carga, acercándole la copa para que pudiera oler—. ¿Qué notas aquí, barrica o botella?

Sometida, hizo un esfuerzo sobrehumano por complacerle. Sabía de qué iban las catas, pero allí no había moras, ni cerezas, ni flores, ni madera, ni ceniza ni café.

—Por favor...

—Pruébalo —le ordenó. Ella dio un sorbo trémulo—. Hazlo girar alrededor de la lengua para apreciar los sabores básicos. Dulce, salado, ácido, amargo... Si están equilibrados, habré conseguido un vino redondo. ¿Qué te parece? ¿Es o no redondo?

La viscosidad se apoderó de su paladar. De pronto creyó reconocer aquella textura inesperada, el sabor metálico...

Escupió el líquido con una arcada.

Era sangre.

2

—¿Quieres que avise arriba para que vengan a echarnos una mano? —pregunto a Bugatti cuando abre el portón trasero de la furgoneta.

—Entre los dos nos apañamos, no te pongas señoritinga.

Cuento las barcas de cebollas apiladas. Una, dos, tres... Seis. Estamos en la puerta de servicio de la Cocina Económica, un comedor social que lleva más de un siglo sirviendo alimento gratis a cualquier persona necesitada que viva o pase por Logroño. Allí se congregan cada día hombres y mujeres sin trabajo, estudiantes sin recursos, ancianos sin familia y algún sintecho. Para llenar los estómagos de tantos *sin* hacen falta muchas hortalizas.

Bugatti se arremanga. Aunque lleva siete décadas a sus espaldas no tiembla ante los esfuerzos físicos. Es corpulento y de miembros robustos; aún recuerdo cuando de niña me levantaba por los aires. Trabajó de chapuzas en la bodega de la primera mujer de mi padre, donde también hacía de chófer. De ahí el apodo, que luce con orgullo porque le gusta el lema de la marca: «Nada puede ser demasiado hermoso». Forzudo, pero romántico. Su único vicio es leer filosofía y, con el tiempo, se ha convertido en uno de esos sabios que lo dicen todo con sus silencios. Mi padre congenió tanto con él que se lo llevó como hombre de confianza a Los Estorninos, el restaurante que le granjeó su estrella Michelin. Bugatti se ocupaba de los recados, los portes, las gestiones administrativas. De todo menos de los fogones.

Levanta cuatro barcas a la vez con un bufido.

—Coge tú esas dos que pesan menos, sobrina.

Lleva treinta y dos años llamándome así, y a mí me encanta que lo haga. No tenemos la misma sangre, pero sí mucha alma compartida.

Pasamos junto a la cámara de frío y subimos a la cocina, donde se prepararán las más de cien comidas y otras tantas cenas que darán ese día, un número que aumenta cuando llegan las avalanchas de temporeros y han de doblar turnos. Yo suelo acudir a echar una mano a esta hora, recién amanecida. Si la noche anterior he estado de farra o me he enganchado a alguna serie hasta las tantas, me entran ganas de mandar a todos *los sin* a tomar viento y quedarme en la cama, pero me puede lo de escaparme cuanto antes de casa de mis padres, adonde regresé a vivir hace cuatro años. A Bugatti no le emociona madrugar, pero sí pasar un rato conmigo.

Sor Blanca, la jefa, conocida como «Hermana Sirvienta», nos pide que coloquemos las barcas junto a los hornos. Pertenece a las Hijas de la Caridad que gestionan el comedor, una comunidad fundada por San Vicente de Paúl para servir a Jesucristo en la persona de los pobres. Bajo el hábito se esconde una mujer moderna y resolutiva. Acumula sesenta y tantas primaveras bien llevadas gracias a esa curiosidad inagotable que le da un brochazo de eterna juventud a su cara de roedor de dibujo animado. Todo un icono en estos tiempos en los que las vocaciones están en vías de extinción. El día que me inscribí como voluntaria me dijo que, más allá de la solidaridad, lo importante es creer en las personas y en sus posibilidades de construir un futuro mejor para los demás y para nosotros mismos. Me lo grabé a fuego porque acababa de regresar a Logroño después de haber trabajado en el extranjero; aquí me faltaba el aire y la inspiración me venía que ni pintada para empezar de nuevo. Pero va pasando el tiempo, las cosas no han salido como esperaba y el tatuaje con la frase de la monja empieza a borrarse en mi brazo.

Nos pide que la ayudemos a pelar las cebollas y lloramos a lágrima viva mientras Bugatti me habla del último libro que ha leído.

—¿Qué tal tu padre? —pregunta al cabo, enjugándose los ojos con el dorso de la mano. Hago un gesto de resignación—. Tengo que ir más a verle. ¿Y la Conchita cómo lo lleva?

—Mi madre también igual.

En ese momento, el vicepresidente y un vocal de la junta se asoman por el ventanuco que conecta con el comedor. El primero es topógrafo, un hombre mayor que tan pronto se echa a las calles a buscar donaciones como pasa las tardes dando clases de refuerzo

de matemáticas en las aulas que han montado en el piso de arriba. El otro, un informático dueño de una cadena de sistemas tecnológicos para empresas en su lustrosa cincuentena, más estirado, pero con muchos contactos que vienen bien para la fundación. Forman parte del equipo que impulsó los nuevos proyectos, como el centro de educación infantil que, desde el edificio contiguo, inunda la manzana de risas limpias y llantos breves.

—Ahí los tienes, con sus corbatas impecables de buena mañana —dice orgullosa sor Blanca.

Paso las manos por el chorro del grifo y salgo para darles dos besos, algo que no me apetece hacer, pero es lo que toca. El vicepresidente es buen amigo de mi padre, quien también fue vocal hasta que pasó lo que pasó. Para esta gente yo no soy realmente yo, sino una proyección del dueño de Los Estorninos.

—Disculpa que me aproveche una vez más de que eres periodista —me aborda con ese pedir que parece un dar—. ¿Crees que podrías echarnos una mano con lo del Premio Valores Familiares?

—¿Qué necesitáis?

—Una nota de prensa de esas que tú redactas tan bien; y, si no es mucho pedir, que la distribuyas por los medios. Queremos aprovechar que nos han concedido el galardón para hacer un poco de ruido.

—Siempre que tus ocupaciones te lo permitan —apunta el empresario informático.

—Ando liada, pero ya me apañaré.

—Sabía que no nos fallarías.

Dibujo una sonrisa que logro alargar hasta que se van al despacho del gerente. Me resulta agotador aparentar que mi vida es estupenda, pero qué le voy a hacer. Mi madre necesita un pilar, por frágil que sea, sobre el que sustentar la imagen de la familia.

Bugatti se percata al instante. Con ese cóctel de Platón y Aristóteles y Kant y Descartes que lleva dentro no se le escapa la más mínima miseria humana.

—¿Cómo va la cosa? —me pregunta.

Me encojo de hombros. Siempre ha sido un alma libre, pero, en el fondo, piensa que debería buscarme un trabajo fijo. Una fábrica de calzado de Arnedo me ofreció el mes pasado ocuparme de sus

redes sociales, pero les dije que no. Cuando el periodismo se lleva en la sangre... Muchos dicen que el desplome de los diarios de papel lo ha convertido en un oficio sin futuro, pero yo estoy tratando de sacar partido del cambio de paradigma. Para que una noticia tenga éxito en la era digital has de tomar la delantera a los demás medios, justo lo que intento hacer gracias a algún que otro chivatazo de sucesos locales que me pasa un inspector de Policía con el que salgo. Con esos artículos que me publica el periódico no me da ni para pagar los autónomos, pero estoy convencida de que, si sigo metiendo la cabeza en la redacción por esa vía, también acabaré metiendo el trasero en una silla. Solo tengo que mantener viva la inspiración de sor Blanca y confiar en que un día se me presentará ese gran tema que me permitirá hacerles ver de lo que soy capaz.

—Todo llegará —me consuela, leyéndome la mente.

—Lo que de momento me ha llegado es hacer una nota de prensa de gratis.

—Piensa que, para lo joven que eres, has hecho ya un montón de cosas.

Mientras estaba bajo el gran paraguas de mis padres —apuntaría—, antes de que se le rompieran las varillas. Pero, para no ponerme demasiado dramática, vuelvo a coger el cuchillo de pelar cebollas y exclamo:

—¡Sigamos llorando por una buena causa!

Y le planto un beso que él celebrará el resto del día.

Sin darme cuenta, ya son las nueve. Guardo el delantal en la taquilla y salgo a la calle, donde me esperan un par de habituales que me dedican un saludo efusivo repleto de dientes blancos. Son hermanos, dos torres venidas de Burkina Faso llamadas Manjou y Bagdomo.

—¿Qué tal estáis?

—Bien, señora.

Les encanta llamarme así porque saben que me da una rabia que no me aguanto. Como ha sugerido Bugatti, en la treintena aún eres joven, y yo tengo aspecto de serlo más aún. Nunca he abusado del sol porque me salen manchas, sigo casi a rajatabla la dieta mediterránea, bebo no sé cuántos litros de agua al día... Y cuando

tenía motivos para reír también lo hacía siempre que podía, ya que relaja la tensión muscular y retrasa la formación de arrugas de expresión. Más aún, cuando estoy nerviosa cuento chistes malos y suelto sin filtrar todo lo que se me pasa por la cabeza, dos cosas que me hacen parecer un tanto infantil. Todo eso para que ahora estos figuras me cuelguen el título prematuro de señora. La verdad es que son un encanto. Duermen envueltos en cajas de cartón en un pasaje junto a la estación de autobuses y se levantan cada día convencidos de que algo va a cambiar.

Me apoyo en el capó de un coche aparcado y les pregunto qué toca hoy.

—El cuerpo —contesta Manjou.

—Pues empieza tú.

—Esta es mi nariz —dice, señalándola.

—Esta es mi nariz —contesto yo haciendo lo propio— y esta es mi boca.

—Esta es mi nariz, esta es mi boca —retoma Bagdomo, y apunta a su pierna con un larguísimo dedo índice— y esta es mi rodilla.

Vuelve a tocarle a Manjou.

—Esta es mi nariz, esta es mi boca, esta es mi rodilla... y este es mi culo.

Se parten de risa. Como la señora profesora que soy, debería echarles la bronca, pero me arrastran a una especie de baile tribal. Me gustaría darles alguna clase de español en condiciones para que tuvieran más fácil encontrar trabajo, pero nos limitamos a estas sesiones de tres minutos que al menos les divierten... y a mí también, lo cual no es poco. Ya se sabe lo que dicen de la solidaridad, que al final el principal beneficiado es el que ayuda y todo eso. Lo que más les gusta son las piezas de los coches. Esta es la rueda; este es el retrovisor; esta es la llanta. Este es mi sueño —es lo que piensan entretanto—, tener un coche propio.

Si están aquí como clavos cada día es porque, después del reto de las palabras, les invito a un café en el bar de al lado. Un rato agradable que hoy quiere aguarne el vocal de la junta, quien ha salido a la calle y levanta la mano para llamar mi atención. Espero que no busque otros dos besos de despedida. Ya le di más que de sobra cuando, al volver a Logroño, me cegó con su próspera cade-

na de tiendas y me prometió que iba a dejar a su mujer porque su historia estaba acabada. Fui una ingenua, pero qué podía hacer. Estaba desesperada y a su lado veía posible recuperar el tipo de vida que me corresponde.

—Les das más palique a estos que a mí —me suelta como si tuviera gracia.

Las torres de ébano se ponen en guardia. Deben de llevarlo en la sangre; el nombre de Burkina Faso significa «patria de hombres íntegros», justo lo que yo necesito. Con uno solo ya me valdría.

—¿Quieres jugar a aprender español tú también? —le pregunto.

—Yo ya sé todas las palabras que necesito, o eso creía. Contigo no terminaba de entenderme.

—Dime qué quieres, Álvaro.

Así se llama. Álvaro Montaña, como la montaña de ordenadores que tiene en sus almacenes, o la de poca clase que también atesora. Acaba de dejarse bigote, como si ese punto de moderno fuera a arreglarlo. Dios mío, qué tonta puedo llegar a ser algunas veces...

—Que no quiero nada, mujer —dice—. Solo hablar un poco contigo, que hace mucho que no te veo.

—Pues vengo cada mañana.

—¿De verdad sigues enfadada?

Le miro con indiferencia. En realidad eso es lo que siento por él, nada. El día que me dejó en lugar de dejar a su mujer, me echó en cara que no era capaz de comprometerme, como si eso fuera algo que escoges hacer o no hacer.

Me excuso diciéndole que he de acompañar a Manjou y Bagdomo al bar, pero ya no puedo evitar que me haya amargado el café. En cuanto pido los suyos, les doy un abrazo y me voy para casa.

Atravieso la Glorieta, el paseo del Espolón y llego a la Gran Vía. Para entonces la ciudad está bien despierta. Los coches de marca se dan paso en rotondas adornadas con flores y las fuentes llenan la calle de frescor. Los escaparates destellan. La gente camina muy briosa para ser lunes; más de un conocido me saluda con una alegría especial. Eso es porque mañana es el Día de La Rioja, al que seguirá el patrón San Bernabé, y a nadie le amarga un puente.

Cuando entro en el piso de mis padres, toda la luz queda fuera.

Me detengo frente al espejo del recibidor. ¿Quién eres? Uno setenta, esbelta, pelazo cobrizo ondulado. Los ojos azules de mi madre, la mujer más delicada del mundo; la nariz marcada y los labios carnosos de mi padre, que siempre ha sido exuberante en todo. En cuanto a la nariz, yo la veo algo más grande de lo que debería —sería capaz de oler la primavera siguiente—, pero dicen que lo que me pueda robar de *sex-appeal* me lo devuelve multiplicado en personalidad. También he heredado de él una manchita de nacimiento que luzco bajo la oreja derecha. Cuando era pequeña, me contaba que era el beso de un ángel. Pero una compañera del instituto a la que le iba el esoterismo decía que era la mancha de la bruja, un pezón adicional que las hechiceras hacían brotar en sus familiares para sorberles la sangre que necesitaban para vivir. A veces pienso que tenía razón, que por ahí me sorben la sangre sin enterarme mientras duermo.

Respiro hondo y voy directa a mi habitación. A mitad del pasillo me golpeo la rodilla con la puerta entreabierto del zapatero, que no he visto por la maldita penumbra que inunda la vivienda. Desde lo que le ocurrió a mi padre, mi madre tiene bajadas las persianas casi del todo. Dice que es para que no se le quemem los muebles, como si de un día para otro se hubiera volatilizado la capa de ozono. La psicóloga asegura que esa necesidad de abrazar la oscuridad es su forma de guardar luto por el descalabro familiar.

Me dejo caer sobre la cama.

El techo de siempre.

Vaya comienzo de día... No es fácil asumir que me he convertido en una de *esas* personas. Estudié una carrera que me entusiasma, encuentro trabajo en una agencia de noticias de Madrid, tras el período de prueba me envían a batirme el cobre a Bruselas, y de repente me veo obligada a volver a la casilla de salida con un par de fotografías de lo que pudo ser y la obligación de sonreír porque todo está bien mientras un informático venido a más al que me estuve tirando me mira con lástima.

—¡Camino!

Es mi madre, que ha debido de escuchar mi cháchara mental. Qué mujer, ¿por qué se empeña en hablarme a voces cuando estoy en otra habitación? Mira que yo intento quererla, pero cuanto más

empeño pongo, más me cabrea. Voy hacia el armario a por un jersey. Estoy destemplada, pero no porque haga frío. Eso de no reconocerte cuando te miras al espejo te congela los huesos.

Entonces suena el portero automático.

Por alguna razón, siento una repentina congoja. Tal vez sea por intuición o se trate de un arrebato de sabiduría de este cuerpo que, sin que nadie se lo haya explicado, es capaz de hacer latir el corazón incluso en esos días en los que desearías que se detuviera.

—¿Puedes abrir? —me pide mi madre.

Si tú estás más cerca, Dios santo...

Voy hacia la cocina arrastrando los pies y me aproximo a la pantallita iluminada.

No termino de creer lo que estoy viendo.